

Los Libros

«DOS HOMBRES», por *Domingo Melfi*. Edit. Nascimento. Santiago, 1937.

Neto, preciso, como el nombre de una sola cosa, es el título de este libro de Domingo Melfi, en el que el autor ha trazado con mano experta en psicologías los perfiles superficialmente opuestos de dos hombres de nuestra historia.

Superficialmente opuestos. Vigoroso e impulsivo, con algo de descarado en la audaz manifestación aquilina de su personalidad, el de Portales nos muestra al hombre hecho para el mando, al gobernante nato y sin apelación. En cualquiera época, en cualquier país, Portales habría sido eso—y nada más que eso—el gobernante, o mejor dicho, el mandatario intuitivo y por antonomasia, para quien, según afirma el mismo Lastarria, «gobernar es dominar». Nada le importan, ni el sentimiento nacional (durante la Colonia existía ya en Chile un sentido, cuasi un espíritu, bien nacional), ni las nuevas leyes, ni las nuevas ideas que la emancipación política trajo al país: por sobre todas estas cosas intangibles y aun inútiles para él, y por sobre la desorientada realidad del momento, tendió su punto de vista práctico e inmediato, el orden. Pero, por eso mismo quizá no fué un patriota en el sentido íntimamente geográfico de la palabra; y si en el gobierno todos sus esfuerzos y sus desvelos fueron exclusivamente para lo que él consideraba el bien del país, había en esa consideración algo de impersonal y formalista, muy propio del comerciante o del encomendero feudal. Así su psique sigue

el trazo paralelo de su físico, de ese físico «de medallón romano», según dice Melfi, en el que «una boca fina, en la que siempre erraba una pálida y aguda sonrisa», y en el que «unos ojos claros que solían inmovilizarse en el dardo de una penetración intolerable», y más «una frente dominadora» (bajo la cual caía una nariz recta y agresiva como una espada), dan la impresión externa del personaje. En contraposición a esta personalidad gallarda y dominante, nos muestra el autor de «Dos hombres» el reverso ideológico y reflexivo del perfil de Lastarria, hondo perfil moral, cuya línea reentrante, de honduras filosóficas y claras salientes avizoras, encierra el libertario sentido de la vida. Surcada la frente por la arruga de la responsabilidad doctrinaria; de pie en el presente, pero con los ojos y la inteligencia fijos en el porvenir incierto de la República, que él quisiera aligerar del «peso de la noche», Lastarria no es el hombre predestinado y del momento, como Diego Portales. El, al revés del fulmíneo e impulsivo Ministro, trabaja reflexivamente su propio destino histórico, que es al mismo tiempo el destino de la patria; trabaja en sentido opuesto y con elementos opuestos a los de Portales; trabaja hacia adelante empuñando la idea y blandiendo la palabra, abriéndose brecha a través del ambiente espeso y de los elementos hostiles impuestos por la fuerza autoritaria y retrógrada de su tiempo.

Trabaja y lucha por romper ese cordón umbilical que, no obstante los dolores fecundos de la Independencia, ligaba aún la República a la Colonia. Para ello era necesario, ante todo, aclarar el estado de cosas que la oligarquía topoderosa había impuesto, secundada indirectamente por la acción ministerial de Portales, en la estructura social del país (en pro del orden, decían; aunque bien se ve que no era sólo por el orden, sino también por los privilegios que «ese orden» les permitía retener y seguir usufructuando); era necesario vivificar el soplo muerto del pasado, hacer la luz que disipara «el peso de la noche», ese peso obscuro que resumía el estado social de la época, que Por-

tales había aceptado, y aun buscado, para gobernar mejor, (y el que al fin, fatídicamente, vengativamente, como esos muertos que en la tragedia de Esquilo «matan a los vivos», le cayó sobre sí mismo en un hálito de odio y le apagó la vida, en las colinas del Barón), y que Lastarria quería destruir para que todos se gobernasen mejor. Esa es la misión social y política de Lastarria: hacer la luz. Y la estética e ideológica. En este último concepto fué un precursor, como fué en el otro, un apóstol; y, como un precursor o un apóstol, el fruto de sus doctrinas no pudo, claro, ser rápido e inmediato.

En el fondo de cada una de estas figuras mayúsculas de nuestra historia política, tan opuestas y contradictorias superficialmente, hay más de alguna analogía, hay más de algún punto de contacto que las hace mirar hacia un mismo fin. En efecto, tanto en Lastarria como en Portales, la misma fuerza inflexible de la voluntad converge de distintas maneras hacia un mismo punto determinado: el bien del país. La misma honradez cívica y ciudadana, el mismo ímpetu moral, el mismo espíritu de sacrificio les alienta en sus quebrantos (recordemos que Portales vivió una vida económica si no tan precaria, tan llena de vicisitudes casi como Lastarria) y un mismo orgullo personal afirmado en la propia consideración, les dió relieve prócer a ambos, no obstante el ambiente que a ambos les fué manifiesta o solapadamente hostil.

Por lo demás, ni el uno ni el otro eran, a nuestro parecer, políticos, en la cabal acepción de la palabra. La ideología simple y unilateral de Portales no tenía la amplitud ni la complicada sinuosidad del arte de gobernar; no las tenía sencillamente, porque no las necesitaba y porque—como dijimos—había nacido hecho para el mando, para mandar quieras que no quieras, como mandaría un padre autoritario una numerosa familia, sin más ley que su voluntad y su fuerza. Lastarria tampoco era el político; era más que el político, era el maestro, el apóstol, que no hacía cuenta moral de ese principio directo o indirecto

de todo gobierno: la fuerza. Lastarria era un libertario; pero un libertario convencido y efectivo, y en la realidad de su convicción puso, efectivamente, sus fuerzas y su voluntad.

Interesante y novedosa síntesis se deduce de la vida de estos dos hombres. En Portales, el hombre de acción, la acción se hizo idea, se fué *cristalizando* en idea y fué la norma política que por más de cincuenta años informó la estructura administrativa y general de la nación. A su vez, la idea doctrinaria y social de Lastarria, así como sus teorías y avances literarios y filosóficos, fueron condensándose también poco a poco, hasta llegar a hacerse más tarde sangre y espíritu en la expresión funcional de la República.

Todo esto lo vemos en las bellas monografías que Domingo Melfi ha escrito sobre don Diego Portales y don José Victorino Lastarria. Aunque el autor, con sobrada modestia, nos diga que estas monografías no son más que ensayos para precisar el relieve y contornos de cada prohombre y para estimular a quienes con más tiempo—vale decir, con más medios y método—puedan y quieran acometer la obra definitiva que ellos merecen; son los trabajos más ecuanímenes y exactos, precisamente, y más amplios dentro de su precisión, de cuantos se han escrito sobre Portales y Lastarria. En lo que el autor logra y quizá supera su designio.

Independientemente de estos merecimientos y realizándolos al mismo tiempo, están la prosa rica y llena de hallazgos de expresión de Domingo Melfi, su medida de juicio y su intención noble de tender los hilos de nuestro conocimiento hacia estas cabezas señeras de la historia chilena.— GUILLERMO KOENNEKAMPF.

EL JAÚL, Novela por Max Jiménez. Nascimento, 1937.

¿El Jaúl? Esta palabra impresiona como si fuera el nombre de alguna de esas fierecillas que pueblan las selvas de la